

**Triana Corbacho de la Osa**  
**Colegio Nuestra Señora de Guadalupe (Mérida)**  
**EXTREMADURA**



Pisadas.

Risas.

Suspiros.

Esos eran lo únicos sonidos que recibían mis oídos.

Mis amigos tuvieron una “excelente” idea, según ellos. Una estúpida idea, según yo. Caminar por el bosque en la noche de un sábado, no era mi gran plan de fin de semana.

Alfonso, mi hermano, va encabezando el grupo con una linterna para iluminar el camino. Alicia, va agarrando su mano. Le lanzo una mirada de recelo, a sabiendas de que no me observa. Nunca me agradó. Y al final, Carlo y yo, una al lado de la otra, sin pronunciar ni una sola palabra.

Silencio.

Pocas veces me resulta tan aterrador.

Esta es una de esas veces.

Estoy en un momento en el que mi cabeza maniobra en mi contra, que empieza a crear unas extrañas paranoias.

Pisadas que se escuchan lejanas.

Gruñidos de algún animal.

Pero sobre todo, ramas.

Ramas rompiéndose.

Miro a los lados. Al norte, al sur, para después girar mi cabeza hacia el este, y, finalmente, el oeste.

-¡Eh, mirad esto! - A sus 26 años, los gritos infantiles no ha desaparecido. Señala con la linterna una especie de cueva. La pareja melosa ríe y se adentra en la oscuridad. Suelto un bufido y miro a Carla, que parece igual de disgustada que yo.

Caminamos.

Y llegamos a un espacio extenso.

Algunas rocas puntiagudas amenazan con caer sobre nosotros; se escucha el sonido de agua chocar con el suelo. Plop, plop.

La pareja feliz empieza a acercarse, para luego besarse. Hago una mueca de asco y me voy hacia otro lado, probablemente hacia el este.

Escucho el suave murmullo del agua fluir por algún hueco entre piedras.

Es relajante.

Me tropiezo y salgo de mi ensimismamiento, únicamente me raspo las rodillas. Pero el sonido llama mi atención.

Tic-tac.

Frunzo el ceño y me levanto. Me dirijo hacia el Norte.

Tic-tac.

Camino despacio hacia atrás, hacia el Sur.

Tic-tac.

Lo mismo para en los puntos cardinales restantes.

No doy un paso cuando piso algo duro, aparto el pie y me agacho. Lo primero que encontré fue una extraña brújula.

Y la cojo entre mis manos.

Tic-tac.

Un rayo de luz llama mi atención. Voy hacia él y coloco la brújula bajo la luminosidad.

La foto de una familia es lo que veo primero. Es vieja. Probablemente ni siquiera vivan.

Parecían felices.

Siento el tacto de un papel en la parte trasera del objeto. Lo agarro e introduzco la brújula en mi bolsillo. Coloco el papel bajo la luz.

Una carta:

Para: Claudia

Hija mía, hace muchísimo tiempo que no te vemos. quizás ya seas una mujer hecha y derecha. Te regalo esta preciosa brújula, tiene un valor inimaginable.

Atenta, querida mía:

El norte y el este simbolizan lo bueno, las responsabilidades, el orden. Representan a Dios.

El sur y el oeste representan lo malo, el caos y el desorden. Representan el demonio.

Elige tu camino, pero, sobre todas las cosas, no sigas el camino neutral.

Te querré siempre.

Att: Mamá.

Siento un golpe. Y luego, oscuridad.

Todo es oscuro.

Y recuerdo.

Todo. Mi vida pasada, mis padres, mi nombre.

Tal vez debí seguir el consejo de mis padres.

Y no seguir en el camino neutral.